

Mariano Picón-Salas.

VIDA EN UNA CIUDAD INDIANA (1)

IRRADIANDO desde la alta montaña andina, única morada digna del gran Pachacamac, la civilización incaica habíase lanzado en el activo siglo que precedió a la conquista española a buscar más templados valles y a tender sobre la gran cordillera sus labrados caminos. Treinta grados de latitud, siguiendo contra el espaldar de las rocas, o junto a la línea de los ríos, había recorrido desde Quito hasta Chile el esfuerzo incaico. No hay aún en América nada más noblemente autóctono que este paisaje andino, que la pirca de piedra, el tambo cordillerano o los sembrados de maíz agarrados a la falda del monte, erigidos ya por el hombre indígena. En la villa española que se edificó después en las cordilleras, siguió prevaleciendo el grave color del indio. Hay desde el Alto Perú hasta Colombia por las mesetas y los elevados valles andinos, un cinturón de ciudades indianas donde el hombre autóctono, de impasible rostro de piedra como sus estatuas, colma los alegres mercados: baja del monte con sus cacharros de greda, la lana de sus ovejas o las yerbas medicinales de las altas tierras. El comerciante de la villa—en Huamanga, en Cuenca o en Pasto—suele trocárselos por aguardiente bravo, y el cura adapta la fiesta católica al vivo sentido plástico del aborígen. La fiesta del Corpus en esas ciudades de alta montaña, prolonga bajo los arcos floridos y la grávida cornucopia de frutas, uno de los antiguos ritos agrarios del imperio de los Incas. A Pachacamac, más que al Dios católico, parecen dirigirse esos desesperados cohetes y la fermentada chicha que riega el suelo y la triste danza ritual, estilizada y monótona, que presiden los cavilosos flau-

(1) Sobre estos ensayos de Mariano Picón Salas relacionados con la época colonial y su significación sociológica, véase el primer ensayo publicado y la nota explicativa, en el número anterior de «Atenea».

tistas. Las vírgenes del Altar católico suelen vestirse más que con el solemne traje de la liturgia hispánica con los gárrulos adornos de la chola: con el sombrerito de paja, las cintas y las joyas de pesada platería. De esta manera floreció en El Cuzco y en Quito en la época colonial un arte mestizo donde al medioevalismo español se agregaba la nota hierática y la limpidez decorativa del indio. El niño Dios fué especialmente estimado por esos melancólicos hombres de bronce: era dentro del catolicismo conceptuoso y barroco que venía de Europa, el mito ingenuo, lo más perceptible y plástico. Así los imagineros mestizos vistieron a Jesús-niño con un coloreado poncho de lana, análogo al del indiecito que bajaba a El Cuzco arriando a la siga de los hombres más viejos, su tropilla de llamas. En el folklore criollo entró el culto de Jesús-niño en la pintoresca exposición de «pesebres y nacimientos, donde la Historia sagrada—por un proceso espiritual semejante al de los primitivos de la Edad Media, se tiñó de un próximo y deleitoso anacronismo: representó con saludable fealdad al rey Herodes e hizo de nuestro padre Adán un rígido muñeco que se alza para coger una fruta luminosamente verde, como una papaya americana. Todo ello es la nota y el aporte del mestizo en esas ciudades de tierra adentro donde el aislamiento geográfico y el paisaje andino, han elaborado una vida característica. Es esa semejanza de paisaje y vida espiritual que aproxima a ciudades serranas tan distantes como pueden serlo Cuzco y Popayán, Quito y Chuquisaca.

Distinto es el paisaje de la ciudad de la costa donde al elemento indo-español, viene a mezclarse en todo el Trópico y en el Perú, la influencia más estridente del negro. Lima es diferente de Cuzco o Chuquisaca, porque duerme a la sombra de un clima más enervante, y el negro y sus subproductos ofrecen una sensualidad más epidérmica, ostentosa y regocijada. El gracejo, la picardía y el retruécano del hombre de las costas, contrastan en América con la gravedad y reserva del montañés. Sensualidad costera, teñida de africanismo, y misticismo serrano hecho de tristeza mestiza, son formas identificables en nuestra Sociología colonial.

Geografía y Raza determinan así los matices de nuestra alma colectiva, y con ellas marcha estrechamente unido el fenómeno económico. Estudiando los núcleos colonizadores de un solo país, como Argentina, distinguió Ernesto Quesada una serrana Argentina del norte constituída de pobladores vizcaínos y castellanos que vienen del Perú y se han enriquecido en el laboreo de las minas de Potosí o en el comercio de las flotas de Porto-

belo; traen el espíritu aristocrático del Virreinato y forman sociedades rígidas y engoladas, celosas de su sangre y de sus fórmulas solemnes. La vida de ese Norte Argentino abierto sobre los caminos del Virreinato peruano, vestido a la moda de Lima, contrasta con el Sur-tierra de pampas, ríos e indios bravos—donde la vida se desarrolla con más desenfadada barbarie. En ese paisaje los pobladores viven más peligrosamente luchando con los indios, cruzando la pampa en caballos indómitos y apostándose a las márgenes de los ríos caudalosos para ejercer el contrabando. El orden oficial no les permitía más que el comercio terrestre a lomo de mula, procedente de las flotas del Istmo de Panamá, cuyos cargamentos eran desembarcados en el lejano puerto de El Callao. Así el obstáculo legal aviva su espíritu de empresa: comercian con los portugueses vecinos, y con «los piratas o navegantes arriesgados y asientistas negreros, que llegaban al río de La Plata y embarcaban los frutos del país». Los moradores de estas ciudades—escribe Quesada—eran verdaderos «outlaws» que se reían de las trabas administrativas y fiscales, fiando más en sus puños que en la complicada malla de las leyes anti-económicas (1)».

¿No anticipa ya esta vida la historia futura de la democracia argentina en los primeros años del siglo XIX? El sociólogo vislumbra en esas formas peculiares de la ocupación y el medio geográfico, el destino de la historia venidera.

Una estrecha relación con el mar y con los caminos del contrabando, explican en parte el papel que ciudades como Buenos Aires y Caracas ejercieron en los comienzos de la Independencia americana, como focos de irradiación o contagio. Las burguesías agrarias y comerciantes de esas ciudades, abandonadas de su Metrópoli, arraigan en la necesidad y el sentimiento rencoroso de su autonomía; surge en ellas contra el estrecho criterio limitador de las leyes españolas el sentido de la responsabilidad y la fuerza económica; como los criollos de Buenos Aires deben parte de su prepotencia al contrabando con los portugueses de la colonia del Sacramento, los de Caracas se fortalecen en el vedado comercio antillano. Por eso el Barón de Humboldt halla en la Caracas de 1801 no una grave ciudad doctoral como podía serlo la serrana Santafé de Bogotá, sino un medio ya inquieto por los problemas de la política, donde se empiezan a discutir las gacetas europeas. Humboldt anota el fenómeno como un hecho muy raro, dentro del sueño, de la medioeval vida sin historia de las ciudades coloniales; y parece adver-

(1) ERNESTO QUESADA.—*La evolución social argentina*, Buenos Aires, 1911.

tir la proximidad de una tormenta revolucionaria nueve o diez años antes de que la repercusión de sucesos europeos—guerras napoleónicas, Napoleón en España,— precipiten al estallido.

Humboldt, Depons, Frèzier, los viajeros del siglo XVIII y comienzos del XIX, transmitieron el último cuadro de esas ciudades coloniales coronadas de iglesias, divididas en grupos étnicos de dominadores y sometidos, donde la vida trascurría en morosa indolencia y donde rebullían ya—como larvas en el pantano—los problemas que desatará la época democrática. Hay ciudades cuya Historia es como un tratado de movida y extraña psicología criolla, tal ese Potosí minero, que los españoles fueron a levantar a cinco mil metros sobre el océano. Los hombres voraces hicieron de Potosí una como California serrana y colonial donde la codicia urgida y la compensación que se busca contra la distancia y el rudo clima, hacía aflorar a la superficie—como la plata del cerro,—todos los vicios y las formas más características del alma colectiva.

«La villa de Potosí—escribe un cronista—está en 25° y 20' de altura: su antípoda es el pueblo de Tamexi, que según la tabla 94 de Abraham Ortelio, está la tierra dentro del golfo de Bengala, en la India Oriental. Y si allí cría Dios especies aromáticas, con oro rico en Arabia Feliz; y produce abundancias en campos fertilísimos y en florestas incultas, de que pintan paraísos Diodoro, Heródoto, Bartomano y Pedro Gilio, su antípoda Potosí, cuanto engendra es plata, y no se ocupa en yerbas, ni cría nada de leñoso. Con estar en la Tórrida Zona, aunque en los postreros del Trópico, es tan fría como Flandes, donde los aires fríos, destemplados siempre, en invierno hielan, y en verano resfrían, siendo el Tomaalí, viento que corre y reina desde Mayo a Septiembre, más forzoso que el cierzo, aunque sean de las mismas propiedades; jamás agasajan, nunca acarician, todo lo secan y a todos ofenden» (1).

Ese clima y sobre todo la terrible voluntad que llevó al hombre español hasta ese bermejo cerro de plata, explican—a pesar de las estilizadas formas coloniales—la vehemencia y el desbordado instinto de la vida potosina. Como Martínez Vela es un hombre colonial, a veces acude a la Astrología para explicar las luchas internas, el individualismo agresivo, el derroche suntuario y la falta de previsión, en la historia colonial alto-peruana.

(1) B. MARTÍNEZ VELA.—*Anales de la Villa Imperial de Potosí* en Archivo Boliviano, pág. 300.

«Algunos atribuyen estas desgracias—escribe—a las influencias de un admirable cometa que se vió en Potosí de color de sangre que alumbraba como fuego, de figura de una hoz, que apareció a las siete de la noche encima del cerro Rico hacia la parte del mediodía y remataba al occidente hacia el sitio de Munaipata y se perdía a las diez de la noche. Todos se inclinaron a creerlo así haciendo memoria de las tristes calamidades que padeció Potosí en el alzamiento de Francisco Hernández Girón, después que apareció aquel prodigioso y formidable cometa que aun dura en la tradición de las gentes por su aspecto irregular de tres soles, dos lunas de color bermejo como teñido de sangre y resplandor de fuego» (1).

Sólo de tiempo en tiempo pasan los cometas con su sangrienta cauda por el alto y frío cielo potosino, pero hay estrellas más constantes y fieles que determinan día a día y año a año a través de las generaciones, las características del hombre nativo. «Son la del ojo del Cuervo, que Copérnico dijo era el Cuello o Sirio; y la estrella astrina en la frente de Escorpión, la que está en la extremidad del arco de Sagitario, la que le antecede, y la que le sigue; todas cinco son de naturaleza de Marte que sólo influyen guerras, disensiones, odios, pependencias, muertes y heridas; y las dos estrellas, la de la pierna derecha de la serpiente ofírica, es de naturaleza de Venus; y la antecedente austral, de la espina de Capricornio, es de naturaleza de Mercurio, tratos y comercios, ocupaciones y venéreos que debiendo oponerse los que en Potosí habitan a esta influencia con el valor del libre albedrío, se rinden y se ve en común, el efecto de estas constelaciones (2)».

El hecho es que la vida civil no ha podido organizarse adecuadamente en la villa de Potosí. Cuando al brillante miraje de la mina recién descubierta llegan los primeros aventureros, ya ellos hablan con el énfasis y el orgullo de fundadores de Imperios. «Queremos que sea villa y se nombre y se llame la Villa Imperial de Potosí, exentándola y eximiéndola de la jurisdicción de La Plata», dicen a la Audiencia de Lima. El recelo medioeval contra el Estado, la ciudad como única y movida célula política, vive en el alma de estos orgullosos fundadores. Para satisfacer la soberbia de que alardean, la Audiencia de Lima les crea una autoridad civil sui-generis. El gobierno de la ciudad ha de caracterizarse, según la expresión de Martínez Vela, «por

(1) B. MARTÍNEZ VELA.—*Anales de la Villa Imperial de Potosí* en Archivo Boliviano, pág. 303.

(2) Id.

la partición de manos». Ningún poder, ningún orden ni jurisdicción política y administrativa, están claramente establecidos. La ley y el alcance de la función son susceptibles de infinitas y conceptuosas interpretaciones donde tiene cabida el espíritu papelero y querellante de la raza. El Corregidor de la Villa Imperial toma para sí atribuciones que reclama el Cabildo, y este las que quiere guardar el Corregidor. El pueblo presencia la pelea, gózase y toma colocación en ella, aunque todo redunde en perjuicio público. Martínez Vela que es buen vecino, amante de su ciudad, se duele de que por tal lucha de autoridades, el Cabildo se empecinara en edificar el Hospital en plena plaza Mayor, «sin considerar los inevitables daños que padece la salud pública en el contagio de enfermedades, además de tropezar la vista con un espectáculo asqueroso, melancólico, que abate los ánimos y choca la sociedad.»

Entre las ciudades de Indias, Potosí, gran joya y tesoro del mundo, llegó a contar en el siglo XVII a pesar de su alejada mediterraneidad andina y su ingrato clima, hasta 160 mil habitantes. Como en la California del siglo XIX, ellos viven en medio de las grandes mudanzas de la fortuna. Violentamente se pasa de la miseria a la opulencia. El corazón se agita en esa altura serrana, y la vida en un paisaje desnudo—la ciudad del cerro bermejo—carece de todo gran estímulo espiritual. El rico potosino—, el aventurero de ayer—despliega en la pompa de un lujo bárbaro su vanagloria económica. Suele ser avaro cuando se trata del gasto humilde y cotidiano o de un servicio colectivo—ya Martínez Vela ha descrito la penuria del Hospital—, pero alardea fanfarronamente de lo que puede exhibirlo con brillo. En las páginas de sus «Anales de la Villa Imperial» concluídos en 1791, el cronista evoca con melancolía los años de mayor esplendor de la ciudad, cuando «abundaban el oro, la plata, las perlas y piedras preciosas, de tal suerte que no se hacía caudal de ello.» Entonces «tenía la Ribera 132 cabezas de Ingenios; cinco mil indios venían cada año a la labor de las minas del gran Cerro; en 48 trapiches se molían ricos cajones de metal. Había 72 almacenes de riquísimos mercaderes, y en cada uno 200, 300, 400 mil pesos de a ocho reales en telas y géneros nobles; 140 tiendas más pequeñas que tenían capitales de 50 a 80 mil pesos de a ocho, 112 canchas donde llegaban y se vendían los mantenimientos». Un negocio magnífico eran las 360 tabernas o pulperías donde aventureros de España, según la magnífica expresión del cronista, se convirtieron en «caballeros pulperos». Allí se truecan por licor fuerte como lo demanda la tristeza indígena y la frialdad del clima, las barras de plata que

traen los mineros. Buscando plata para beber se formaban «gavillas numerosas de indios acompañadas de otras gentes de diferentes jerarquías, estados y castas, que suben a robar a las labores, destruyendo los puentes y casas de las minas». La ciudad contempla, bajo la espesa niebla de sus domingos fríos, esas pandillas de indios borrachos, embutidos en sus coloreados ponchos, que recorren como bestias enfermas, las empinadas calles. Un estupro, un asesinato, un duelo a cuchilladas, un crimen sin causa, son espectáculos habituales.

Pero el día Lunes ilumina en este paisaje de casas de piedra y cerros desnudos, la barroca abundancia de los mercados. «200 mil pesos de a ocho reales, antes más que menos salen diariamente, a la plaza en comercio, así en ropa como en alhajas y mantenimientos». Los distantes valles agrícolas de Cinti, de Moquegua, de Locumba, de Arica, de Arequipa, mandan a la ciudad los carneros de la tierra, el vino, el aguardiente, las aceitunas. Los caballos de Chile, las mulas del Tucumán, se venden a precios magníficos en las ferias.

Como los habitantes no pueden luchar contra la absurda y restrictiva economía española, como no tienen mercado sino para las barras de plata que exportan las tardías naves del puerto de Arica, la riqueza se inmoviliza en bienes improductivos. Hasta Potosí llegan las porcelanas, las sedas y las lacas que el lejano México virreinal trae de China o de Filipinas. Hay alfombras cayrinas, escritorios de ébano, marfil, carey y plata, aparadores y escaparates con preciosas alhajas, cofres de preciosas maderas con ropajes de brocados».

Quien adquirió en las ferias un bizarro caballo de Chile o una episcopal mula de El Tucumán debe ornamentarlos y salir a correr la sortija con frenos, pretales y herraduras de fina plata, con estribos de oro, con gualdrapas de terciopelo y seda. En el diestro caracoleo del caballo o en la arriesgada escaramuza al derribar el toro o ensartar la sortija, se muestra la gallardía viril. Como en una justa medioeval, no falta en el balcón que da a la plaza, bajo un rojo baldaquino de terciopelo, la dama que prodiga sonrisas. A veces un grupo de caballeros excéntricos organiza una cabalgata nocturna. Cada uno es precedido por el cortejo de diez o doce pajes, vestidos de ricas libreas, que les alumbran el camino con los altos hachones de cera. Estos pajes son el joven español que vino de España escondido en la bodega del barco, y que como todos los pajes de las novelas picarescas, aprende el secreto de robar a su amo y crearse un destino propio.

Banquetes, bodas en que se gastan—fuera de la pomposa do-

te—cuarenta mil pesos de a ocho reales; treinta y seis casas de juego donde unos se aniquilan para que otros se enriquezcan, ocho casas de esgrima donde aprenden la más gallarda manera de matarse, son sitios donde se expande y alardea la vanagloria potosina.

Martínez Vela, rapsoda de la antigua grandeza de la villa Imperial, recuerda que «por gozar de este rico cerro, caminaba y navegaban los hombres con sus mercancías; conduciéndolas por ignorados y distintos mares, climas y provincias, ocupando infinita suma de navíos que las conducen de unas regiones a otras, por el Mar del Sur, Océano, Mediterráneo, Adriático, Jónico, Pérsico, Indico, etc.; desvelándose todos los reinos de su universal máquina en perfeccionar cosas nunca vistas, para servirla y deleitarla con ellas». Y la prosa, en ese momento inspirada del cronista, describe los tafetanes de Jaén, las espadas de Toledo, los tejidos de Francia, las tapicerías de Flandes, los rasos de Florencia, el marfil de la India oriental, las especies y el amizcle de Goa, la cochinilla, el cacao y el añil de la Nueva España, las bayetas de Quito y el Cuzco, la cera y la miel de Santa Cruz de la Sierra que entonces colmaban los mercados potosinos. Y en el tesoro y el ornato de cada familia—agrega—abundan los diamantes, esmeraldas, pantauras, rubíes, záfiro, topacios, venturinas, girasoles, granates, la piedra imán, la piedra bezar, ágatas, corales y jaspes.

En las fiestas públicas—jura de un rey, mascaradas, moji-gangas, toros, cañas, torneos y sortijas—la burguesía urbana—tan feudal en su carácter—, reparte la pompa de un lujo superfluo y sobrecargado. En todo potosino alienta el espíritu de aquel Agustín Solórzano, criollo y rico minero, que en el año de 1625 reunió en solemne banquete a todo Potosí. Y para presumir nobleza «plantó en el patio de su casa una pila de plata fina que tenía 1,443 marcos, de la cual desde las seis de la mañana hasta las siete de la noche, corrió riquísimo vino. Costó el gasto de este convite 76 mil pesos.»

La Religión del nativo refleja las características de la misma alma social. Al bronco fanatismo español se agrega la superstición indígena. El hombre potosino no es devoto de Cristo o de María sino del Cristo de la Veracruz, del Cristo de las Misericordias, del de Burgos, del de la Columna; cada uno de los cuales dispone de una iglesia y una cofradía. En la misma forma, la madre de Cristo se multiplica en las advocaciones de Virgen de Guadalupe, de Copacabana, de Loreto, de Jerusalén, de la Cinta, de la Soledad, del Buen Suceso, de la Purificación, etc. Cada miembro de una Cofradía considera la suya la más efi-

caz e importante para salvarse. Una forma de manifestar el espíritu público consiste en la emulación de las fiestas que cada cofradía rinde a su patrono. Determinados santos se ponen de moda o pierden su actualidad, por otros que ofrecen una mitología más atractiva y oportuna.

El indio o el mestizo, esquilmado, supersticioso e ignorante también tiene su cofradía y contribuye a pagar sus procesiones. La Iglesia le ofrece como símbolo del inalcanzable poder religioso la exuberancia barroca de los retablos dorados, el brillo de los ornamentos, la plata, el oro, el cortado cristal de las lámparas, blandones, tronos, candelabros, atriles, jarras y pebeteros.

Una sociedad así, tan vertida hacia afuera, producto de la improvisada riqueza, encerrada en un alto valle andino, no tiene profundas necesidades espirituales. La Cultura como en la Edad Media europea es patrimonio de una clase clerical que cultiva sus Latines, su Escolástica, y lleva a los sermones la más amanerada y culterana prosa del siglo XVII. En un tiempo hubo en Potosí un «Coliseo de las Comedias» donde actuaban hasta «cuatro compañías de farsantes, con lucidas comedias todos los domingos y festivos», pero la industria del Cabildo convirtió ese Coliseo en la gran pulpería de un tal Juan de Padilla, vendedor de vinos y abrasadores aguardientes. Con lo cual—escribe el prudentísimo Martínez Vela—se privó a la ciudad de «una recreación sobre importante a sus desahogos, y demasiado conveniente a mantener la sociedad civil.»

Lo mismo que en la Edad Media europea es el desnudo y arrojo personal, la mayor medida humana. Potosí con sus duelos y combates y rebeliones de gente armada, ha puesto en graves aprietos el poder de los corregidores. La gente enriquecida que forma la aristocracia local reclama la impunidad del duelo como fuero de la nobleza. El Marqués de Guadalcazar, Virrey del Perú, se ve obligado a prohibir bajo pena de muerte en la Villa Imperial y sesenta leguas de contorno, el uso de las armas. Enuméralas taxativamente la orden del Virrey: no pueden ser ni arcabuces, ni escopetas, pistolas, pistoletas, cotas, cueros de anta, jubones fuertes, estoques y espadas mayores de marca. Pero está distante el poder del Virrey, la autoridad local es débil, y en Potosí siempre se guerrea. «Cada nación de las muchas que moraban en ella—escribe nuestro cronista—, formaba con sus compatriotas un cuerpo separado con el fin sólo

de sostener la competencia y la emulación. De este género de independencia en que vivían al amparo de sus riquezas y del corto poder del Corregidor, resultaban homicidios en asonadas de gente armada, y no pocas veces se vieron escandalosos choques a manera de batallas entre enemigos; se seguían latrocinios públicos, rapiñas y represalias de caudales y personas de todo sexo, con el mayor escándalo, sin temor ni respeto a la justicia».

Repercute en la mediterránea villa indiana el fiero y receloso regionalismo español, que es como la expansión geográfica del individualismo originario. Es preciso probar con las armas que el castellano y el andaluz son más audaces o valientes que el vizcaíno. Como la fuerza de la ley escrita se amengua con la distancia del gobierno central y la venalidad o el miedo de los funcionarios, que no siempre aceptan el desafío de una orgullosa aristocracia feudal, la vida civil se retrotrae a una primitiva y bárbara retaliación. Castellanos, andaluces, extremeños y vascongados forman entre sí herméticos y solidarios clanes. Hacia 1602 los otros grupos envidian a los vascongados su poderío civil y económico: los 80 azogueros, los 160 mercaderes, los 22 oficiales de la Casa de Moneda, los 2 Alcaldes ordinarios de esta nación que se sentaban en el Ayuntamiento; y ello origina una verdadera guerra local contra los hijos de Vizcaya. El motivo inmediato suele ser muy simple: que durante un juego de pelota un mozo andaluz dió un golpe con la pala a un tal Usurbi, vizcaíno. Por causa tan fortuita «acuchilláronse criollos y andaluces contra vascongados, y salieron heridos de una y otra parte muchos hombres. Los criollos que son naturalmente punzoneros pidieron a sus padres—castellanos, andaluces, extremeños y otras naciones—que de ninguna manera les diesen a sus hermanas en matrimonio a los vascongados, porque trataban de aniquilar su engreimiento.» Como en *Romeo y Julieta*, como en una ciudad italiana del 1200, al desafío concurren parientes, amigos, clientes y servidores, contra la familia y la clientela del contrario. La pluma del cronista va transmitiendo, año por año, casi monótonamente, estos episodios de la pasión colectiva. «Año de 1583. Este año, celebrándose las fiestas de Santiago, en un juego de cañas, mataron al capitán Sancho Usátegui, vascongado, por lo cual dieron aquella noche fuego a las casas y barrio de los extremeños, buscando al agresor.» (La pasión de la banda o el grupo ofendido, no puede resignarse al lento trámite de la Justicia). «Año de 1601. Este año el capitán Alonso Diburdinzo mató de un balazo a Nicolás de Arcos, criollo de Potosí, hijo de don Juan de Arcos, castellano

viejo, que en la ocasión no estaba en la villa; vino después; halló al agresor en la cárcel, que el Corregidor lo tenía preso, por asegurarle la vida; aunóse Juan de Arcos con los criollos, derribó con barretas una pared de la cárcel, entró dentro, y dándole un balazo a Diburdinzo, le quitó la vida, vengando la muerte de su hijo».

Así una aristocracia local, no pulida todavía por la cultura, para quien la religión se traduce en tosca superstición o pompa suntuaria, impone sobre la ciudad su impetuosa ley bárbara.

El pueblo, la clase sometida, verdaderos ilotas como en Esparta, cuenta poco en este drama urbano. La conquista española en las tierras del Inca es el conflicto entre dos formas opuestas de vida: el pacífico colectivismo incaico donde el individuo desaparecía en la obra común, y el aventurero y agresivo individualismo hispánico. Merced a la ya larga disciplina racial del indio los españoles encuentran en el hombre peruano la resignada masa que marcha a la mita o a la conscripción minera, y acepta la encomienda y el repartimiento. La retraída docilidad del indio hace pensar a algunos teólogos y frailes en su esclavitud originaria; teorizan así al agrado y al uso del encomendero. «Según la opinión de Aristóteles, recibida por muchos son siervos y esclavos por naturaleza y pueden ser forzados a obedecer a los más prudentes, y aun Celio Calcagnino, comentando al mismo Aristóteles añade que se pueden cazar como fieras, si los que nacieron para obedecer lo rehusan», escribe un clérigo: Fray Tomás Ortiz (1).

La venganza del indio, su concentrado rencor, la tristeza que a veces encuentra trágica expansión en las dominicales borracheras, es mucho más lenta, pero quizás más profunda, que el desafortado impulsivismo español. En su desgracia el indio se forja mitos; la gran tradición del imperio incaico pasa al folklore, baja a lo profundo del alma del indígena cristianizado, y dos siglos y medio más tarde guarda vigor suficiente para encender la tremenda rebelión de Tupac-Amaru. En este desatado levantamiento de la sierra peruana cuya consigna romántica se proyecta por todo el Continente, sirve hasta en Bogotá y en el Paraguay, hay que ver más que la obra de un caudillo—el pobre Tupac Amaru carecía de las condiciones del jefe, no pudo organizar ni dirigir su guerra—, un movimiento

(1) Fray Tomás Ortiz, citado por J. AUSTÍN GARCÍA en *La Ciudad Indiana*, pág. 33.

de masas que guardaron y acendrarón hondamente su taciturno odio secular. Este colonial movimiento de la masa indígena prefigura ya algunos capítulos de la futura historia republicana de Bolivia y Perú; es un anticipo de la guerra de los caudillos mestizos—: un Belzú, un Morales, un Melgarejo.

El indio de las tierras andinas ejercitado ya en la cerámica y la fina decoración del tiempo incaico, ofrece a la ciudad colonial su gran sentido plástico; y del mestizaje se forma en ciudades aisladas y devotas como Quito y El Cuzco, un artesanado criollo que pone su nota ingenua, su fresco acento nativo en las obras del arte popular.

En el agitado Potosí el proletario urbano abandonado, el yanancona traído a la ciudad, el negro esclavo que sufrió un castigo injusto, frecuentemente se transforma en bandido. El medio es propicio, ya que la ciudad siempre conservó su aspecto de bullicioso campamento minero, concurrido de forasteros, donde el poder civil tomado por sus querellas de rango y jurisdicción y por la influencia desquiciadora de una aristocracia feudal, pierde su energía y su rapidez justiciera. ¿Cómo identificar al forastero, perseguir al prófugo en aquella ciudad de estrechas callejuelas, en los bulliciosos obrajes o en los descarpados riscos andinos que aislan la villa? Esto, si cada convento o cada iglesia no defendiera celosamente—contra la intromisión del poder civil—, su sagrado y medioeval derecho de asilo.

La existencia potosina se sacude de pronto ante la trágica dramaticidad de las historias de bandidos. Como en la Colonia todo se ampara bajo una forma religiosa, las partidas de bandoleros suelen ponerse bajo la advocación de un santo. El bandido cree que tan piadoso símbolo hará más fructífera su labor. Una de estas partidas de que nos informa nuestro cronista tomó el místico nombre de «Banda de los doce apóstoles y la Magdalena». Eran estos hombres, en son de doce, más de cincuenta. Vestían a un hombre en traje de mujer; éste entraba a las casas, unas veces fingiendo pedir lumbre, y otras diciendo la favoreciesen, que su marido venía trás ella a matarla: abrían las casas y en entrando las robaban; y también robaban el honor de las doncellas, por lo cual toda la Villa estaba en armas para recibirlos. Al hombre en traje de mujer, llamaban la Magdalena, y doce apóstoles a los hombres». El particular favor de un santo o la devoción de las almas del Purgatorio suele según opinión del cronista, librar a algunos fieles de las manos de los malhechores. Véase, milagreramente, cómo se salvó una familia: «Fueron una noche a la plazuela de San Lorenzo; entraron a una casa donde vivía una señora la cual tenía dos hijas

hermosísimas y virtuosas, muy devotas las tres de las Benditas Animas del Purgatorio. Luego que entraron, cogieron a las doncellas; y viéndose éstas en tan gran peligro, invocaron a las benditas ánimas: al momento aparecieron en forma humana innumerables de ellas, que al punto huyeron los ladrones, dejándose con la turbación un talego con dos mil pesos de a ocho reales, el cual sirvió de auxilio para las tres señoras».

En medio del terror y la religiosidad, nunca falta a veces, la nota de risa. Por el hecho de ser clérigo el cronista Martínez Vela recoge y señala con meticulosidad los livianos deslices de sus congéneres. He aquí un episodio: «Iban el Bachiller Tórtolo, clérigo galán, astuto y animoso, por la calle de la parroquia de Nuestra Señora de Copacabana, y habiéndolos de improviso encontrado, les preguntó quienes eran. Respondieron diciendo: «Los doce Apóstoles». Tornóles a preguntar: ¿Y qué quieren? —Esa sotana y ese manteo. Aquel mismo día los había estrenado el Bachiller y eran de fondo y tafetán doble, sombrero, y plata en la faltriquera. Dijo muy sosegado el Bachiller:—¿Y no quieren más? Respondieron que no. Pues si no quieren más, replicó el clérigo, he aquí lo que me piden, y comenzó a desnudarse. «Doblado y compuesto, les decía, quiero dárselo a Vuestras Mercedes. Esperábanlo ellos; y después que el buen sacerdote hubo compuesto y atado todo con su ceñidor:—¿De manera que Vuestras Mercedes son los Doce Apóstoles? Respondieron: Ya lo hemos dicho, a lo que el clérigo dijo: «Pues los doce Apóstoles sigan a Cristo», y diciendo esto, corrió la calle abajo con indecible velocidad; pues aunque se desgalgaron tras él, no le pudieron alcanzar, y así se escapó».

A falta de teatro que el Cabildo cerró, de buena música y agradable lectura, el episodio del Bachiller Tórtolo es comidilla de muchos días en las tertulias potosinas. ¿Qué hacía el Bachiller Tórtolo, cura galán, de manteo nuevo, en el alejado barrio de la Copacabana? La anécdota en la pluma de este cronista—clérigo que no estima a los clérigos—, se desliza hacia la Historia.